Marcio sentia destrozado su corazon de ira con aquellas distinciones.

El coche se detuvo en la puerta de la casa de Plinio. Este se despidió de Diómedes, estrechó la mano de Eutima, hizo una inclinacion de cabeza á Marcio, y bajó del carruaje.

—Tengo que confiaros un negocio de gran importancia, y os agradeceria que os dignáseis ir á verme mañana—dijo Diómedes al jóven abogado.

—Estoy á vuestras órdenes, y tendré el gusto de pasar á recibirlas—contestó Plinio.

El coche se alejó llevando al amado objeto que hacia latir el corazon de Plinio, y el modesto abogado entró en su casa pensando en su futura felicidad.

Mientras duraron las ceremonias y los regocijos, el gladiador Lidon habia permanecido en la calle, enfrente de la puerta del edificio, esperando á que Salustio saliese.

—Ya no debe tardar—dijo al ver que la mayor parte de los concurrentes se habia marchado.

Casi al terminar estas palabras, vió salir á Salustio acompañado de Lisipo.

Lidon se propuso seguirle hasta que se separase de su amigo, resuelto á asaltarle.

La noche estaba oscura, y favorecia los intentos del generoso gladiador que marchaba detras de Salustio y de Lisipo, oyendo la conversacion que llevaban.

—Me has dado un verdadero pesar con la noticia que acabas de comunicarme con respecto á Glauco—dijo el cuestor.

—No fué menos el mio, cuando hace un instante me la dieron. Las pruebas del asesinato son casi patentes, y todos los esfuerzos de Plinio, para salvarle, serán inútiles.

—¡Pobre Glauco!..... ¡Pobre amigo nuestro!..... Si le condenan será un gran pesar para tí.

—Si le condenan, me he propuesto trastornar la razon desde el dia anterior al de su salida al anfiteatro, para no estar martirizado con la idea del horroroso espectáculo que presentarán sus miembros desgarrados por el leon.

—¿Y cómo?.....

—Dispondré la víspera en mi casa una orgía á la cual te convido, para que el vino ofusque nuestro entendimiento.

—Admito el convite, y los dioses quieran que no tengamos que recurrir á ese medio, salvando á Glauco.

En esta conversacion llegaron á la casa de Salustio, y este llamó á la puerta que se abrió inmediatamente, despues de ver quién era el que llamaba.

Lidon vió frustrado otra vez su deseo de encontrarse á solas con el jóven libertino.

Lisipo se despidió de su amigo, y este entró en casa.

El jóven gladiador se quedó enfrente de la puerta, con los brazos cruzados, en actitud meditabunda, mirando con tristeza aquellos muros que encerraban á la desventurada Nicea.

El generoso hijo del esclavo Medon se estremeció de repente con una idea. El dia del espectáculo en el anfiteatro, estaba próximo; él era uno de los gladiadores, y se habia comprometido á ello con el noble fin de comprar la libertad de su anciano padre con el premio destinado al vencedor. Pero si sucumbia; si en aquella lucha perdia la vida, ¿qué seria de Nicea?.....

Lidon palideció con este pensamiento. Luego, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se alejó diciendo:

—¡Oh!..... Es preciso salvarla antes de que me presente en el anfiteatro, y juro que la salvaré.

CAPITULO XL.

UN DIVORCIO.—ORÍGEN DE UN REFRAN.—EL AMANTE UNIVERSAL.

Cuando Lucrecia y Tácito se creian los mas felices de la tierra; cuando la union que acababan de celebrar les hacia ver el mundo como un paraiso de interminable ventura, otros dos seres que habian soñado con igual tesoro de bienandanza, se disponian á romper el lazo en que creyeron encontrar los goces que constituyen el bien supremo sobre la tierra.

Estos dos seres eran Lucila y su esposo.

Lucila estaba triste, abatida: amaba á su esposo que la creia culpable, y procuraba contener las lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

Era virtuosa, y la idea de que iba á comparecer ante el pretor como culpable, pues su marido pedia el divorcio, hacia asomar con frecuencia el carmin á sus mejillas.

Su consorte, por el contrario, dominado por los celos, que era su pasion dominante, se manifestaba contento y satisfecho.

—Marchemos ya, Lucila, y no hagamos esperar por mas tiempo á los testigos—dijo el director de la Academia de Música á su esposa.

—¿Insistes aun en llevar adelante el divorcio?—contestó Lucila llena de afliccion y llorosa.

—Ahora mas que nunca. Esas lágrimas te hubieras ahorrado de verterlas con solo haber tenido mas presente tus deberes.

—Te juro por la última vez, que nunca he faltado á ellos: creeme, y ahórrame la vergüenza de aparecer ante el pretor como criminal, á la vez que el dolor de verme separada de tí.

—¡El dolor de verte separada de mí!.....—exclamó con sarcástica sonrisa el esposo.—Comprendo que será intenso; pero que se dulcificará con el recuerdo de Salustio.

—¡Eres muy cruel!

—Soy..... Pero no perdamos el tiempo: los testigos nos esperan en la casa del pretor.

—Basta de satisfacciones. Puesto que no quieres persuadirte de mi inocencia, no quiero por mas tiempo permanecer al lado del que me ofende dudando de mi virtud.

Al decir estas palabras, el sentimiento del honor ofendido secó las lágrimas de la inocente esposa, y tomando su manto, y cubriéndose con su velo, se dirijió hácia la casa del pretor, en union de su marido.

Aunque los matrimonios de los nobles se celebraban con las formalidades que hemos visto, no por esto eran considerados de otra manera que como una asociacion que solo debia durar el tiempo en que viviesen acordes y en perfecta armonía los consortes. Alejada esta, estaban en el derecho de disolver su union.

En los primeros tiempos de Roma, Rómulo dió una ley que permitia al marido repudiar á la muger, siempre que en esta hubiese el crímen de envenenamiento á sus hijos, falsificase las llaves de la casa, hubiese cometido adulterio ó bebido vino fermentado; pues la embriaguez entre las matronas en tiempo de Rómulo, era vista como una mancha.

De aquí procedia la costumbre que habia de besar á las mugeres en la boca, no solamente el marido, sino tambien todos los parientes hasta el grado de primo, para asegurarse de que la esposa no habia bebido vino.

Verdad es que si llegaba á probarse que la muger habia sido repudiada sin causa legítima, la mitad de los bienes del esposo pasaban á ella, dedicándose la otra mitad para el templo de Céres, quedando el hombre condenado á los dioses infernales.

Esto era con respecto al repudio, y en los primeros tiempos; pues mas tarde, las leyes fueron mas suaves para el marido.

Por lo que toca al divorcio, existian dos clases. El de los patricios se llamaba *diffarreacion*, esto es, lo contrario de la *confarreacion* que los habia unido, y el de los plebeyos, cuyo matrimonio se deshacia por una venta fingida, así como se habia celebrado por otra venta.

Para el divorcio habia dos ceremonias así como habia dos para el matrimonio.

La manera con que se verificaban, nos la irán diciendo los acontecimientos que vamos narrando.

Lucila y su esposo llegaron á la casa del pretor.

Este los esperaba ya con siete testigos que habian llegado á la edad de la pubertad.

—¿Cuál es vuestra queja?—preguntó el pretor.

El marido de Lucila expuso las razones que tenia para pedir el divorcio.

Resuelto este, un liberto llevó las tabletas que contenian el acta del matrimonio, y las rompió públicamente.

Despues de esta ceremonia, que era la primera, Lucila y su marido volvieron al domicilio conyugal.

—"Dame las llaves de la casa."—Le dijo el esposo.

—Aquí las tienes—contestó Lucila entregándoselas.

Entonces añadió él:

—Muger, recoje lo tuyo: los dioses te acompañen; sal de aquí.

Lucila entonces, lo mismo que toda muger cuyo matrimonio se hubiese verificado por *confarreacion*, recojió su dote y salió de la casa á otra que con anticipacion habia tomado.

Preciso es advertir que Lucila cojió su dote porque no estaba probado que ella tuviese la culpa de la separacion, pues cuando la muger era la culpable, el marido tenia el derecho de quedarse con la mitad de su dote, y si tenian hijos, á razon de un sesto por cada uno de ellos hasta llegar al monto de la expresada mitad, siguiendo los hijos como propiedad del padre.

Solamente en un caso perdia la muger todo lo que habia llevado de dote; cuando se le probaba que habia sido adúltera.

Cuando habia cometido este delito, el esposo, antes de despedirla de la casa, la despojaba de la *estola* y le ponia la toga de las cortesanas.

Tres modos de separarse los esposos habia en Roma, y por lo mismo en Pompeya: la repudiacion, que era humillante y vergonzosa para la esposa; el divorcio, que no arrojaba mancha ninguna cuando no se habia cometido un crímen, y se separaban amistosamente; y el de enviar la muger á sus padres, que podia reputarse como el envío á los primeros amos de una esclava que ya no se queria.

Preciso es advertir, sin embargo, para conocimiento del lector, que en los tiempos en que nos hallan los sucesos de esta obra, el divorcio y la repudiacion eran cosas tan comunes, que á penas hacian fijar la atencion del público.

Casos habia que bastaba una ligera sospecha, un temor cualquiera, para repudiar ó divorciarse de su muger, y algunas veces acontecia que se verificaba la separacion sin que ni aun se tomase el marido la molestia de exponer los motivos que tenia para el divorcio.

Tan cierto es esto, que se cuenta, que en los últimos tiempos de la república, preguntándole un ciudadano romano á un amigo suyo, por qué habia repudiado á su muger, contestó:

—Tuve mis razones para ello.

—¿Cuáles? ¿No reunia á todas las virtudes la mas notable belleza?

—Sin duda.

—Pues entonces, ¿qué motivo tuviste para arrojarla?

El interrogado, por toda respuesta, enseñó á su amigo el zapato que llevaba, y le dijo:

—¿No reune este zapato las cualidades de hermoso, nuevo y bueno?

—Sí.

—Pues bien; á pesar de toda su belleza, voy á devolvérselo al zapatero, porque yo solamente sé donde me aprieta el zapato.

Esta contestacion que ha dado lugar á nuestro refran español de: *cada uno sabe donde le aprieta el zapato*, manifiesta la facilidad que habia para divorciarse.

La separacion de Lucila y su esposo no se fundaba mas que sobre una sospecha.

La virtuosa muger, sin embargo, tuvo que salir de la casa del marido á quien amaba.

De aquel divorcio solo un hombre se alegraba.

Aquel hombre era Salustio.

Desde que supo que el director de la Academia de Música trataba de separarse de su consorte, halagó la idea de que así lograria alcanzar el amor de la muger ofendida.

Sostenido por esta esperanza, se habia colocado en una de las calles por donde la aflijida esposa debia pasar para dirijirse de la casa de su marido á la que habia tomado.

Lucila marchaba triste y abatida, cuando al torcer una esquina, se le presentó Salustio.

—Soy la causa involuntaria de vuestros males y quiero repararlos—le dijo el osado jóven.

Lucila se sorprendió con aquel inesperado encuentro, le envió una mirada digna y severa, y se alejó sin contestarle.

Salustio no se dió por vencido, y la siguió.

—Es preciso no abandonar la empresa—dijo para sí.—Está sola y venceré.

Y Salustio continuó su marcha detras de la hermosa.

En aquellos momentos se dejó ver, al fin de la calle, un hombre que parecia seguir los pasos de ambos.

Era el esposo de Lucila.

Los exajerados celos de aquel hombre reconocian por orígen el amor, y al verse solo en casa, sin la muger que era su bien mayor sobre la tierra, salió con objeto de ver á donde se dirijia.

Al descubrir á Salustio, sintió desgarrársele el corazon creyendo que la esperaba de acuerdo con Lucila; pero cuando vió que esta le trató con la severidad que hemos referido, se tranquilizó y les siguió á conveniente distancia para observar sin ser visto.

Lucila llegó á la casa que habia tomado, que era pequeña y pobre, y penetró en ella sin volver la cabeza á ver á Salustio.

Este llegó á poco: el portero trató de impedirle que entrara; pero viendo que le ponia un bolsillo lleno de oro en la mano, le permitió pasar.

El esposo de Lucila notó aquello, meditó un instante, y poco despues entraba tambien en el edificio, inquieto y celoso.

Salustio se presentaba en aquel instante en la pieza en que se encontraba Lucila. Esta se estremeció al verle.

El director de la *Academia de Música* penetró celoso y con sigilo en la casa, y se detuvo en un corredor al escuchar salir de una pieza la voz de Salustio y de su esposa.

Inquieto y lleno de afan se fué aproximando sobre las puntas de los piés para no hacer ruido, hácia el sitio en que hablaban, y se detuvo detras de la puerta que daba entrada á una sala en que estaban.

—Os he dicho, Salustio, que salgais—decia Lucila—y espero que me complacereis, sin dar lugar á que llame al portero, para que os obligue á ello.

—¿Creeis que el portero podria arrojarme de vuestra casa, y que yo pudiera temerle? No: eso seria imposible. Escuchadme, pues, y dejad de mostraros severa conmigo. Os he hecho desgraciada, y vengo á proponeros la felicidad.

—¿Podríais volvérmela acaso?

—Creo que sí. Estais pobre, abandonada: yo puedo daros todas mis riquezas y mi alma entera para amaros.

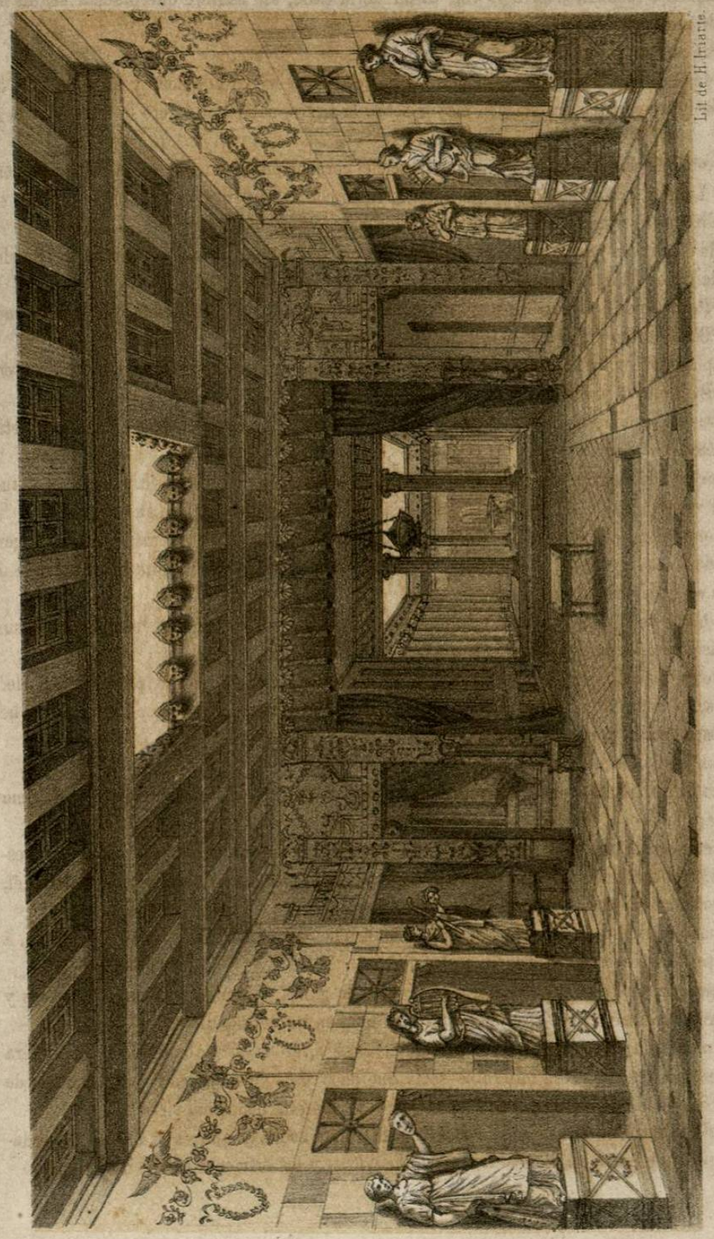
—No compensarian todos los tesoros de la tierra al tesoro que me habeis robado: á mi esposo y mi tranquilidad. Respecto á vuestro amor, me avergonzaria de corresponder á él, y me creeria criminal en admitirlo.

—¿Cómo? ¿Preferís la miseria y el abandono á que os ha condenado vuestro consorte, á la riqueza y los placeres con que yo os brindo?

—La miseria y el abandono serán mis timbres de gloria al espirar; vuestras riquezas y los placeres que me proponeis, mi padron de infamia en la eternidad.

—Me maravilla vuestro lenguaje. Al escucharos y ver vuestra abnegacion, cualquiera creeria que perteneceis á esa miserable secta que hace gala de despreciar las grandezas de la tierra, que solo en su locura puede posponer á lo que ella denomina virtud.

—¿Y si realmente perteneciese á esa que vos llamais secta, y que es la única, la verdadera religion que puede redimir el mundo de los vicios y los crímenes que lo manchan?



CASA DE PANZA
(Antes de la catástrofe)

Lit. de H. Inserte.

—¡Cómo!

—Sí; sabedlo de una vez: soy cristiana desde que la curiosidad me condujo una vez al edificio en que se reunen los fieles, y escuché la edificante doctrina que encierra. Repitiendo despues esas visitas, sin que de ellas tuviese noticia mi esposo, aprendí á no ambicionar las riquezas, que no son mas que bienes pasajeros y deleznables, á cifrar mi dicha en la práctica de las virtudes; á ver en mi esposo el hombre único á quien debia consagrar mi vida y mi amor; á recibir las desgracias como una prueba con que Dios quiere medir nuestra fe para premiarla con eternas venturas en el cielo. Ved, pues, si yo que llevo grabada en mi corazon con caracteres indelebles esa celestial doctrina, podré manchar mi alma con los placeres que me brindan el vicio y el orgullo.

—Es que si predican contra el vicio, no es porque lo aborrezcan, como finjen, sino porque son pobres y no tienen tesoros para satisfacer sus pasiones.

—Os engañais. Los ricos reparten su riqueza entre los pobres; estos no admiten el oro ni la plata, si se les exije que sacrifiquen á esos viles metales su conciencia; y unos y otros desprecian la vida, y aun la dan con gusto, antes que separarse de esa religion que predica la pobreza, la caridad, el amor al prójimo, el desprecio á los vicios y el horror al crímen. En esta religion no hay señores ni esclavos, sino hermanos; y vale mas á los ojos de nuestro Dios un humilde mendigo con preclaras virtudes, que un rico poderoso que, como vos, hace ostentacion de sus vicios.

—Veo que calificais muy mal mis sentimientos. ¿No vengo á ofreceros la riqueza, cuando se os abandona á la carencia de todos los bienes? ¿No vengo á ofreceros mi amor, cuando la sociedad os mirará con desprecio? Si contra vuestra voluntad penetré mil veces en vuestra casa, y si aunque jamas alcancé una palabra favorable ni de esperanza os he seguido amando, ¿cuánto no crecerán los grados de mi pasion cuando os digneis ser menos esquiva?

Y Salustio trató de cojer la mano de Lucila.

Esta la retiró sin ira, y contestó sin explosion y con dignidad:

—¿Decís que me amais? Pues respetadme y salid. Si no me amais, permaneced aquí para que yo me aleje.

—Es que yo comprendo el amor de otra manera, y no puedo marcharme sin verlo correspondido por vos.

—Siendo así, partiré yo.

Y Lucila se dispuso á salir.

Salustio iba á impedirle el paso, y el esposo de la hermosa se preparó á arrojarse sobre él, cuando se escuchó ruido de pasos producido por algunas personas que llegaban.

Entonces cada cual volvió á guardar la misma posicion que al principio.

—Salid, que viene gente, y mandaré que os arrojen si no marchais al instante—dijo Lucila con tono imperioso.

—Salgo, porque las circunstancias lo exijen; pero juro por Júpiter, volver hasta lograr rendir vuestra obstinacion.

Unos esclavos, con algunos muebles, llegaron en aquel momento.

Salustio se fué.

El esposo de Lucila esperó á que los esclavos se fuesen.

Pronto sucedió esto, y Lucila quedó sola.

Su esposo entonces, saliendo de donde estaba oculto, y conociendo las altas virtudes de la

muger á quien habia ofendido de la manera mas injusta, se arrojó á sus piés, pidiendo que le perdonase.

Lucila se sorprendió con aquella inesperada aparicion.

—¡Ah!..... conozco que he sido el mas cruel de los hombres—exclamó el esposo.—Pero tú eres la mas buena de las mugeres, y me perdonarás.

—Ya lo estabas por mí.

—¡Qué necio he sido al atormentarte con mis celos! Vuelve, vuelve á honrar mi triste habitacion, y torna la felicidad á tu arrepentido esposo.

—No; me hiciste salir de tu casa cuando no me creiste cristiana: hoy sabes que lo soy, y no puedo volver á ella sino es con un consorte de mi religion misma, á quien un sacerdote cristiano me haya unido.

—¡Ah!..... yo abrazo con gusto esa religion que lleva la virtud al corazon de las mugeres, haciéndolas fieles esposas y excelentes madres.

—El lazo del matrimonio cristiano es indisoluble, y la muger no es la esclava del capricho del hombre, sino su compañera y su igual.

—Repito que abrazo esa religion que no reconoce mas blasones de nobleza que las virtudes del alma, ni mas jerarquías que las buenas obras. Ahora comprendo que la sociedad, adorando corrompidos dioses, no puede presentar mas que vicios y libertinaje, egoismo y engaño. La doctrina de la nueva fe es el sol que ha venido á poner de manifiesto la llaga cancerosa que corroia á la sociedad, y señalado el eficaz remedio para salvarla regenerándola. Este remedio es la práctica de las virtudes que mil veces he podido admirar en los cristianos. Ellos respetan la propiedad, la familia, practican la caridad, creen en el premio de las buenas obras y en el castigo de las malas, desprecian el vicio y el engaño, el robo y la infidelidad, cualidades todas que están llamadas á cambiar la faz del mundo estableciendo la moral y las buenas costumbres.

—Al escucharte hablar así, bendigo la sospecha que dió causa á nuestra separacion, porque por ella has venido á comprender todo lo que vale la doctrina del Crucificado.

—Y todas las virtudes que atesora tu alma. Marchemos, pues, á la casa de uno de esos ministros del verdadero Dios, y él sea el que nos una con el lazo santo que ordena la religion que gustoso abrazo.

—Sí, marchemos—dijo Lucila llena de gozo.

Y ambos, saliendo del edificio, se dirijieron á otro en que vivia un respetable sacerdote cristiano.

CAPITULO XLI.

LA CIEGUECITA.—CRÍTICA SITUACION.—ARBACE Y CALENO.—LA CODICIA. DONDE MENOS SE ESPERA.

Cuando Arbace, al entrar en casa de Salustio para ver á Glauco, se encontró en la puerta de la calle con Nidia, consiguió, como dijimos, persuadir á esta de que Ione se hallaba en aquel instante en el templo de Isis esperándola.

La jóven, anhelando concertar algo con la hermana de Apoicide en defensa y en favor de Glauco, marchó en su busca.

Alentada del noble deseo de ser útil á su desventurado amo, la infatigable cieguecita caminaba á toda prisa.

Pronto llegó á aproximarse al templo de la diosa egipcia; pero en el momento en que ella creia que se iba á encontrar con Ione, dos esclavos vigorosos, avisados por Arbace, se apoderaron de ella y la arrojaron, á pesar de sus gritos, en una celdilla retirada, desde donde era imposible que saliese su voz para hacerse oir. Al llegar la noche, aquellos hombres volvieron á entrar en la pieza en que estaba, le taparon la boca con un pañuelo, y la condujeron á un cuarto retirado de la casa de Arbace.

Algunos dias habian trascurrido sin que el esclavo encargado de su custodia quisiese responder á ninguna de las preguntas que la cieguecita le dirijia, y en esos dias de angustia, la pobre Nidia no se habia ocupado en otra cosa que en orar al Supremo Hacedor.

Al terminar el último en que nos hallan estos hechos, cuando ya las sombras de la noche comenzaban á derramarse sobre la tierra, Nidia empezó á dar gritos, dominada por la esperanza de que alguno la oiria y vendria en su socorro.